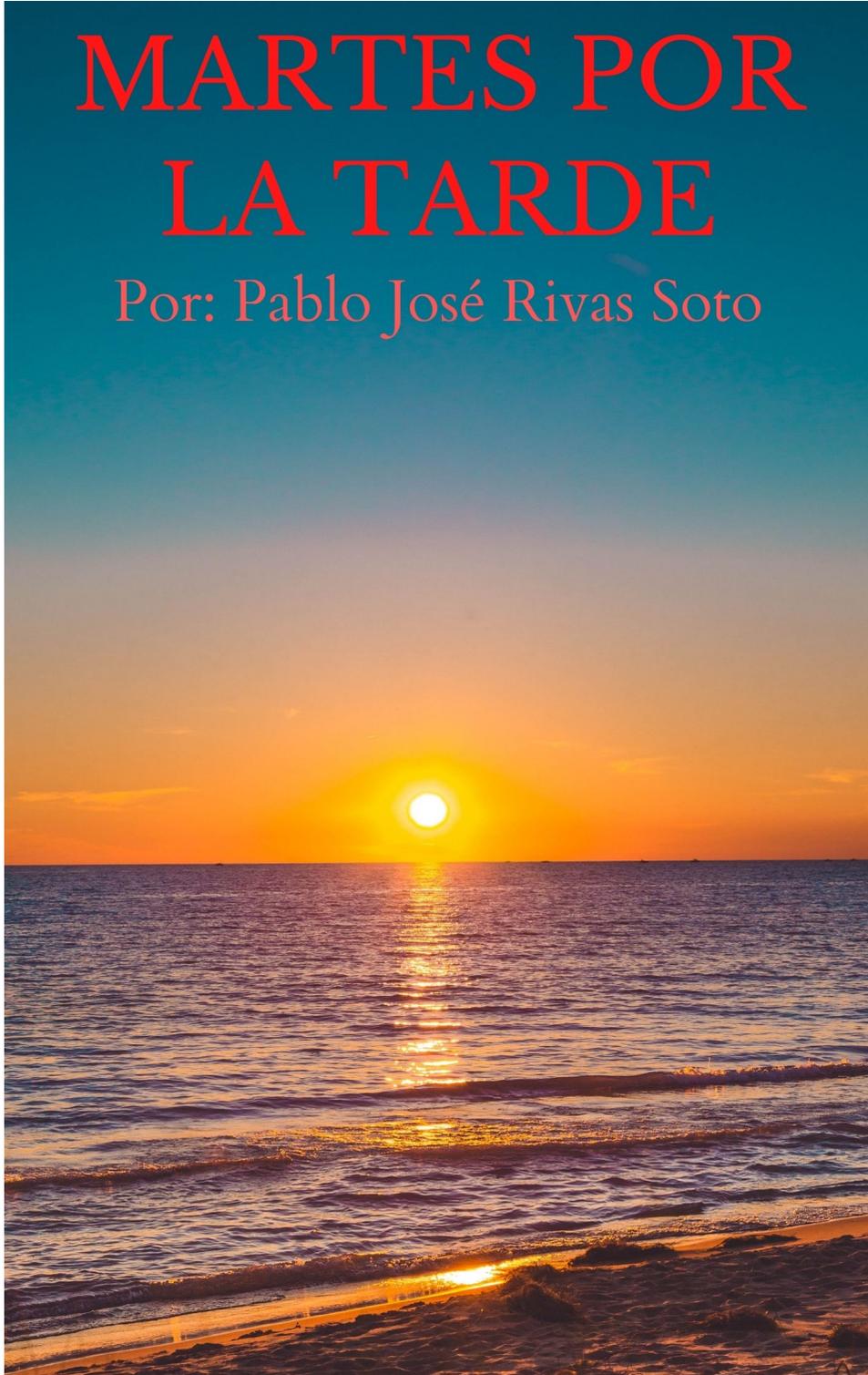


Martes por la tarde

Pablo Rivas Soto

# MARTES POR LA TARDE

Por: Pablo José Rivas Soto



# Capítulo 1

Martes por la tarde

La mañana era cálida y oscura, el olor a café fresco se impregnaba en el aire, las guacamayas llenaban las alcobas en penumbras con sus ruidos, Gerardo Buenavista dormía plácidamente pero el olor a café que preparaba su madre en la cocina lo despertó y lo llevo a la esta, en ella descansaba leyendo el periódico su anciano y pálido padre que hacía esto todos los días, su madre, preparaba el café de espaldas con la cabeza baja y sin decir una palabra, ninguno de los dos se había percatado de la presencia de Gerardo.

-Buenos días-dijo Gerardo desconcertado por la concentración que sus padres ejercían en lo que estaban haciendo.

-Buenos días-dijeron ambos con un tono amargo y frío que podía decirse que sonaba molesto.

- ¿Estás haciendo el desayuno? - pregunto Gerardo a su madre.

-No-dijo ella secamente-ambos ya desayunamos después de darnos un baño.

Gerardo se fijó en la ropa de su padre, llevaba puesto un saco marrón, un pantalón del mismo color, unos zapatos de cuero negro, que combinaban con la corbata, y una boina que estaba puesta sobre la mesa.

Su madre llevaba el rostro cubierto por un velo negro que le prohibía verle el rostro, un sombrero de palma con una cinta negra alrededor, que terminaba en un moño, y un vestido largo de color negro que le cubría desde lo más alto del cuello hasta el último vestigio de sus pies, a pesar del calor sofocante.

-Mierda-dijo para sí mismo Gerardo, poniéndose pálido y recordando las circunstancias actuales por las cuales sus padres iban vestidos así-el funeral de Víctor.

Fue inmediatamente al patio para darse un baño rápido y partir a la misa que debía de iniciar en una hora, ya en su habitación, se colocó la ropa que tenía destinada para la ocasión: una camisa blanca, que era común entre los jóvenes de aquel pueblo costero olvidado por el gobierno y los hombres, un chaleco, un pantalón, una correa y unos zapatos -todos de color negro- lo que le quitaban ese toque de resaca que le había dejado la parranda de la noche anterior, en la que Víctor había sido encontrado asesinado en extrañas circunstancias minutos después de haberse retirado

de ella, y de la cual, Gerardo solo tenía vagos recuerdos.

Salieron de su casa a las siete de la mañana cuando apenas se vislumbraban los primeros rayos de la madrugada, las gallinas comenzaban a salir de sus establos, los perros comenzaban a ladrar y los gallos empezaban sus melodías. La madre de Gerardo cerro con candado la puerta de su humilde casa, llena en el exterior, de jaulas en las que en otros tiempos hubo pájaros y ventanas que hoy eran imposibles de abrir ya que el óxido había podrido sus rendijas y el comején había hecho incontables agujeros en la madera. Habiendo hecho esto, partieron al parque, siempre infestado de palomas que nadie se molestaba en asustar, donde se hallaba la parroquia de San Benito

Llegaron a las siete y veinte de la mañana a la iglesia, donde esperaban a la entrada el señor Marcos Estrada y Carmensa Divantoque, los padres de Víctor.

-Buenos días señor Estrada y señora Divantoque-dijo el padre de Gerardo dándole un apretón de manos a los dolidos esposos-mi más sentido pésame... no es fácil perder un hijo.

- ¡Oh! para nada compadre Eugenio-dijo el señor Marcos limpiándose una lagrima que intencionalmente salía de su ojo derecho-es demasiado duro.

-Me duele-dijo la madre de Gerardo- que el pobre Víctor se fuera tan joven tanto que Gerardo lo quería.

-Era un amigo de parranda, Nicolasa, -dijo fríamente Eugenio- estoy seguro que no era una amistad real.

Los padres de Víctor dirigieron una mirada a Gerardo, quien permanecía recostado en la puerta de la iglesia, y observaba el ataúd de madera que le habían adquirido a última hora.

- ¡Oh! -dijo el señor Estrada-creo que te equivocas compadre Eugenio a tu muchacho se le ve muy afligido.

-Tonterías-murmuro con frialdad el señor Eugenio-hace mucho que ese joven de allí dejo de ser mi muchacho.

Las miradas de los padres de Víctor y de la señora Nicolasa se dirigieron al señor Eugenio quien miraba con una expresión de disgusto a su hijo.

- ¿Qué le hace decir eso compadre Eugenio? -dijo la señora Divantoque que había permanecido callada y con la cara pálida de tristeza.

- ¡Ah! comadre deje de sentir vínculos afectivos por ese joven-dijo con un susurro lleno de cólera- y no faltaba más... ¿Cómo se puede amar a un

alcohólico y a un...

Eugenio calló porque su mujer le apretaba el brazo en señal de que parara, bajo la cabeza, dejó de hablar y la conversación se acabó.

Las campanas sonaron a las ocho en punto, las dos parejas entraron a la misa y se sentaron a la delantera de las bancas. Fue una misa muy solemne y conmovedora, pues, en el transcurso de esta, los padres de Víctor, juntaban sus lágrimas con el sudor típico en las iglesias costeras. La marcha fúnebre partió a las nueve y cuarto hacía el cementerio: "los ángeles caídos", donde iba a descansar en un sepulcro el cuerpo del pobre Víctor de quien, se recalca, no se sabía como había acontecido su muerte.

Terminado el funeral y enterrado Víctor, sus adoloridos padres se despidieron de los padres de Gerardo y cada cual tomo por su lado. Gerardo quien tenía más calor que todos en la comitiva dejó que sus padres se fueran y se sentó en la manga, entre dos tumbas una recién inaugurada que era la de Víctor y otra que el pasar de los años la había vuelto fea, sin color y cubierta por un montón de maleza que solo permitía leer las letras: "H ct r B en vi t ord v ", era la más triste y abandonada del cementerio. Gerardo estaba sentado en la parte de atrás de las dos tumbas y tenía la cabeza sepultada entre sus manos de repente una voz se oyó en el cementerio que llamaba su nombre, Gerardo no se molestó en contestar, podía ser un miembro de la comitiva que se había quedado ,y él no había visto, o el sepulturero que lo pudo haber confundido con un espanto, su madre o su padre o algún curioso conocido que lo había reconocido en aquella rara pose y de seguro quería preguntarle que le sucedía, pero la voz volvió a decir su nombre, esta vez Gerardo alzo la cabeza y vio ante él al hombre que habían acabado de enterrar, el cual lo miraba con gran rabia, Gerardo se levantó velozmente y alzo las manos en señal de exigir que retrocediera.

-Aléjate Víctor-dijo Gerardo titubeando.

-No me alejare miserable-dijo Víctor con una voz tétrica y resonante- fuera de que sellas mi destino de una manera tan cruel, me exiges que te proteja imaldito!

- ¿Qué quieres de mí? - dijo Gerardo retrocediendo lentamente-haré lo que sea para que me perdones por lo que sea que hice.

-No hay misericordia para ti Gerardo-dijo Víctor señalándolo con su dedo- pero no seré yo el que te castigué y te maté si no que serás tú por tus propios medíos.

- ¡Injurias y calumnias Víctor! no sé de qué hablas -grito Gerardo sin

preocuparse porque alguien lo oyese

-Ya verás que no lo son miserable-dijo Víctor apretando su puño- porque sobre ti pesan dos culpas.

Gerardo no soporto, grito "¡Lárgate Víctor!" y salió corriendo del cementerio, cuando llegaba al parque, estaba desconcertado, no sabía qué hora era y aunque pareciera falso, no sabía dónde vivía ni donde estaba; el suceso que acababa de acontecerle lo había dejado completamente aturcido, el sonido de un barco que pasaba por el puerto le devolvió el sentido y supo ubicarse, miro el reloj de la iglesia, eran las diez y veinte de la mañana.

-El pésame-pensó Gerardo-se me ha olvidado dar el pésame a los padres de Víctor debe ser por eso que él me está odiando, ¿Que más podría ser?...

Y bajando por la calle del puerto toco la puerta en la casa número 45 de la calle del Galeón donde vivían los Estrada-Divantoque allí el señor Estrada le abrió la puerta, pero Gerardo vio que este no estaba en condiciones de recibir visitas y que se oía en el fondo de la habitación a la señora Divantoque llorando, Gerardo decidió no entrar y darle su pésame en la puerta de la casa. El señor Estrada solo abrazo a Gerardo le dio las gracias y cerró la puerta para ir o a llorar o a consolar a su esposa.

Gerardo tomo por un callejón que lo dirigía a su bar favorito, pero justo cuando cruzaba este callejón, volvió a aparecer ante él Víctor, más furioso que nunca.

-Después de lo que me hiciste, ¿Cometes la osadía de ir a darle el pésame a mis padres? ... ¡Hipócrita!

-Víctor ya te he dicho que no sé de qué me hablas, me confundes y no sé porque me odias... al menos dame una explicación

-No mereces nada...-dijo Víctor al momento en que desaparecía.

Gerardo se frotó los cabellos en señal de desesperación, pero después de unos minutos de histeria, continuo su paso hasta el bar "brebaje sagrado", donde sus compañeros de parranda lo esperaban con acordeones y botellas de cerveza, uno de ellos, de nombre Elio Santamaria -con guayabera manchada por el uso, bermudas grises, zapatos de tela y una mochila al estilo wayuu- se retiró inmediatamente cuando vio que Gerardo venía en camino, sin embargo, este no advirtió la retirada de su compañero, pues seguía pensando en las apariciones de Víctor y en un tercero ajeno a la situación cuyo recuerdo se incrementaba.

Gerardo saludo fríamente a sus compañeros y se sentó a su lado, sin embargo, para sorpresa de sus estos, Gerardo no tomo una sola cerveza, parecía divagante, como si su pensamiento se centrara en una idea que le perturbaba; después de un tiempo, Gerardo se levantó, pensativo y nervioso, se despidió de la forma más fría posible de sus compañeros y tomo un camino rápido a su casa, cuando paso por la iglesia, observo el reloj, las once de la mañana, sintió nauseas, lo que hizo que caminara más rápido a su hogar, cuando abrió la puerta, se despojó del chaleco y de los zapatos los cuales remplazo por unas sandalias de paja que le picaban mucho pero que eran menos apretados, se acostó con la intención de dormir, pensaba en Víctor y en el antes mencionado tercero el cual ya no era especial para él y que posiblemente ya se había podrido en la tumba más abandonada del cementerio, con todos estos pensamientos empezó a fatigarse y a quedarse dormido, lo despertó súbitamente unos golpes en la puerta de la casa, sus padres dormían y él se levantó a abrirla; vio con inquietud a Francisco Gartner, el cocinero de los Estrada-Divantoque, tenía la cara bañada en sudor y miraba a Gerardo con el rostro pálido como el de un muerto.

-El señor Estrada lo requiere en su casa en este instante-dijo Francisco

- ¿A mí? -pregunto Gerardo poniéndose de cierta manera pálido.

Francisco asintió.

Acto seguido el cocinero salió por la calle del parque y Gerardo le siguió cerrando la puerta. Una gota fría de sudor recorrió su pálida cara cuando vio el reloj de la iglesia, las doce y media de la tarde. Cuando llegaron a la calle del Galeón, el cocinero toco dos veces la puerta de la casa que, que se caracterizaba de las demás residencias de la calle del Galeón por sus vivos colores, pero que Gerardo la veía como la casa más sombría del pueblo, el señor Estrada abrió la puerta hasta donde podía y miro a Gerardo de reajo, este también hecho una mirada discreta a la sala de la casa: en ella descansaban dos personas una de ellas era la señora Divantoque, quien tenía la cara pálida como una muerta no lloraba porque parecía que durante toda la mañana las lágrimas se le habían secado, a su lado había un invitado que tenía un semblante que solo mostraba odio y rabia, ese hombre era Elio Santamaria, quien estaba recostado en un mueble y procuraba no mirar al recién llegado, pues parecía que su resentimiento iba dirigido a Gerardo, por su parte, el señor Estrada, no se había quitado la ropa del velorio, su tés era igual a la de su mujer y llevaba en la mano una carta.

- ¿Para qué me llama señor Estrada?-pregunto Gerardo con total timidez.

-Lee-murmuro Estrada presentándole la carta.

Gerardo cogió la carta temblando y leyó:

*Para el señor Marcos Estrada:*

*Estimado y querido señor Estrada, se le informa a usted y a su mujer, la señora Carmensa Divantoque, que la muerte de su hijo no fue en extrañas circunstancias, cuando pasaba por la calle del Galeón, la noche de ayer, vi una escena poco grata para la vista, una traición: un hombre, de camisa blanca y pantalones negros como el carbón apuñalaba violentamente a otro hombre indefenso, joven, de camisa blanca pero de pantalones marrones, el segundo individuo gritaba de dolor con cada apuñalada del cuchillo, e intentaba gritar "Auxilio, detente, para ya, socorro" pero el dolor de la hoja del cuchillo le impedía articular palabra, después de un horroroso tormento, el segundo individuo cayó desplomado en el suelo en un charco de sangre, yo por mi parte corrí aterrado por lo que acababa de ver pero no me sacaba de la cabeza los rostros de esos dos individuos, el segundo, el que estaba muerto, no era otro menos que su inocente hijo Víctor, mientras que el primero, el asesino, aunque les duela era... Gerardo su "amigo" el cual creían tan leal fue su verdugo, se que les va a doler esta confesión pero sabiendo medio pueblo lo que le hizo a su hermano porque no habría de haber hecho lo mismo con Víctor, espero que tomen las medidas necesarias para castigar al traidor por mi parte firmare la carta y se las entregare personalmente.*

*Atentamente suyo: Elio Santamaria*

Gerardo tomo el color que debía de tener Víctor en la tumba, miro al señor Estrada quien había tomado el mismo semblante que su invitado, Elio.

-Elio-dijo el señor Estrada-llama a la policía... Francisco no dejes ir a este asesino.

Elio se levantó súbitamente y fue a agarrar el teléfono, mientras que Francisco agarraba por la espalda a Gerardo quien gritaba:

- ¡Yo no hice nada, son injurias de Elio!! Injurias i

- ¡Silencio! -grito el señor Estrada con la voz firme que lo caracterizo en las guerras de los liberales como almirante- no solo has matado a mi hijo ¡A mi sangre! sino que también te has hecho el desentendido de los hechos ¡Miserable! ya se lo que quería decir mi compadre Eugenio esta mañana en la iglesia ¿Cómo se puede querer a un alcohólico y a un asesino como tú? ¡Asesino! ¡Asesino!

Gerardo después de esto hizo todos los esfuerzos que pudo para liberarse de los robustos brazos de Francisco, el cual lo soltó cuando este le pego una patada en todo el estómago lo que lo desplomo en el piso con el

vientre adolorido. Gerardo corrió lo más que pudo mientras el señor Estrada y Elio lo perseguían gritando:

- ¡Asesino, atrapen al asesino!

Gerardo llegó al parque, con la cabeza bañada en sudor con lágrimas en la cara y pálido como un muerto, no había opción tenía que buscar refugio, corrió a la calle de los dolores, donde quedaba su casa, una vez llegado allí, encontró a su madre haciendo el café, era la una en punto de la tarde.

- ¿Que sucede? -pregunto la madre en una frase completamente despojada del amor maternal.

-Creen que mate a Víctor-dijo, con un tono muy agudo, Gerardo.

-Porque lo hiciste Gerardo-dijo su madre con una serenidad indestructible.

- ¡¿Que!?! -dijo Gerardo con los ojos cada vez más abiertos y con la tés cada vez más pálida.

-Es lo que te mereces...-murmuro la madre (sin preocuparse por responder su pregunta)- por haber matado a Héctor.

-Yo no lo mate-dijo Gerardo con una insolencia plena -fueron los conservadores.

-Deja de decir viles mentiras, tu padre y yo sabemos que lo mataste por Celia Villanueva la condenada mujer que separo a dos hermanos y que dejo solo y sumido en el alcohol al vencedor del duelo, ese hombre al que ella dejo solo eras tú y el otro hombre que está muerto y con el cual te batiste a duelo por su corazón fue Héctor.

-No fui yo el que maté a Héctor por placer-dijo Gerardo alzando la voz- el fue el que puso el duelo a muerte por el amor de Celia.

-Y tú lo mataste sin piedad cuando venciste el duelo...-dijo bastante afligida la madre- ¡Era tu hermano por un, maldita sea!

-Pude haber matado a Héctor sin piedad, pero yo soy inocente en lo que me acusan de haber matado a Víctor.

-La misma situación fue con tu hermano dijiste durante diez años que fue asesinado por bandoleros conservadores, pero cuando Celia se fue y dejo la carta que te comprometió itodo salió a la luz!... ahora porque no harías lo mismo con Víctor, ya que si eres capaz de matar a un hermano por un amor imposible no me asustaría que mataras a un amigo por algo más

insignificante.

- ¡Todos dicen injurias! ¡Todos dicen calumnias! ¡Todos son mentirosos!...

- ¡Te vi llegar con la camisa manchada de sangre estas comprometido miserable Gerardo! - grito su madre interrumpiéndolo.

- ¡Injurias! ¡Injurias! -repetía Gerardo quien se levantó y se fue a su habitación.

Estaba volviéndose loco... ¿Cómo podía haber asesinado a Víctor? ... si eran amigos del alma, era imposible que lo hubiera matado, era su amigo. Un ruido en su mesa de noche lo saco de esa fascinación volvió la cabeza y vio a Víctor sentado en la mesa, lo miraba con una tétrica sonrisa, Gerardo lo miro con unos ojos que mostraban la más viva rabia, cogió su pequeño machete y le grito:

- ¡Víctor si se supone que te e asesinado lo volveré a hacer! ¡Miserable!

Dicho esto se apresuró a apuñalar con una ira ciega a su muerto amigo que se desvaneció cuando lo iba a atravesar el machete, el cual quedó clavado en una foto que Gerardo tenía de el en su habitación, este saco el machete y contemplo con horror... estaba cubierto de sangre, se desplomo en la cama y contemplo con aspaviento la camisa en el suelo que hace unas horas le había mencionado su madre, en efecto, era la que llevaba el día anterior, estaba cubierta de sangre y acartonada, inmediatamente la resaca se fue y pudo ver sus recuerdos del día anterior con más claridad...

Estaba bebiendo cerveza y jugando cartas con Víctor como de costumbre, al igual que, como de costumbre se puso ebrio, pero se negaba a irse de su magnífico juego de cartas, aunque fueran más de las diez de la noche. Cuando faltaban quince minutos para la medianoche, Elio Santamaria se levantó para ir a su casa que no quedaba a más de una cuadra del bar, Víctor al ver que el ánimo del juego se había enfriado hizo levantar a Gerardo y le dijo que tenían que irse, Gerardo acepto a regañadientes y aunque todos le advirtieron que Gerardo era agresivo cuando estaba ebrio, Víctor convencido de que siendo su amigo, Gerardo no le iba a hacer daño, lo ayudo a caminar y salieron por el callejón anteriormente mencionado que conectaba la calle de la eucaristía (en la cual se hallaba el bar) con la calle del Galeón, durante el trayecto Gerardo le reprochaba a Víctor que lo había sacado del bar cuando llevaba un excelente juego de cartas, los reproches de su compañero a Víctor lo tenían sin cuidado ya que pensaba que eran las típicas refutaciones de los borrachos pero cuando conectaban con la calle del Galeón los reproches de Gerardo se convirtieron en gritos furiosos, piso a Víctor, quien del dolor lo soltó sin intención, Gerardo viéndose libre empezó a darle patadas y puños sin razón, pero cuando Víctor le pidió llorando que parara, Gerardo lo tomo

como una provocación, desenvaino su afilado machete y lo empezó a apuñalar contra la pared mientras Víctor daba fuertes gritos de dolor, a cada grito, Gerardo aumentaba la fuerza con la que apuñalaba a su amigo el cual después de dos minutos de tortura cayó desplomado en un charco de su propia sangre, Gerardo volvió a guardar su machete manchado de sangre y continuo su camino, todo este horrible espectáculo lo había visto Elio Santamaria, el cual vivía en una calle cercana, todo lo había visto con el rostro lívido y con una sensación que le impedía moverse o articular palabra, cuando vio que Gerardo se daba la vuelta y caminaba con aquel paso torpe pero tranquilo de los borrachos, Elio se escondió en una callejón y vio como Gerardo continuaba su paso torpe, pero con un semblante insolente y tranquilo como si no hubiese hecho nada, a su casa en la calle de los dolores. Donde durmió sin darse cuenta del atroz acto que había cometido, a las pocas horas, su madre lo despertó diciéndole que Víctor había sido encontrado muerto en la calle principal del pueblo en extrañas circunstancias y que el funeral iba a ser efectuado en la mañana. Gerardo no recordó lo que había hecho, la resaca se lo impedía.

Cuando este recuerdo se presentó en su memoria, Gerardo perdió el color, sus labios murmuraban palabras indescifrables, sus ojos estaban desorbitados, el sudor y las lágrimas recorrían su rostro, era un asesino.

Estaba en su trance de dolor cuando fuertes golpes en la puerta hicieron que se estremeciera.

- ¡Señor Gerardo Buenavista Córdova! - dijo una voz de acento grave-  
abra inmediatamente la puerta, es la policía.

Gerardo se levantó de un brinco de la cama y empuñó su machete, salió a la sala, pero un grito lo detuvo cuando iba a abrir la puerta.

- ¡Atrévete a hacerle algo a esos oficiales, miserable! - grito su furioso padre quien sostenía un rifle de dos cañones que hizo detener en el acto al joven- vas a tomar tu merecido por las culpas que sobre ti recaen.

Gerardo corrió de su padre que intento atraparlo sin ayuda de su madre que preparaba, completamente ajena a lo que pasaba a su alrededor, el café de la tarde. Gerardo se encerró en su habitación y vio a Víctor encima de la cama con una tétrica sonrisa, Gerardo ya no parecía un vivo si no un muerto, se agarró los cabellos y los bigotes con desesperación y pego un grito al cielo, después acerco su oído a la puerta y escucho con horror que su padre recibía a los policías, acompañados del señor Estrada, la señora Divantoque, Elio Santamaria y Francisco Gartner, Gerardo empezó a sentir nauseas, dolores de cabeza y una fiebre incontrolable, inmediatamente volvió la mirada a su machete y tomo una macabra resolución.

-Hazlo-dijo con una voz casi infernal, Víctor-así pagaras tu sentencia.

Cuando la puerta se abrió el señor Eugenio Buenavista, la señora Nicolasa Córdova, el señor Marcos Estrada, la señora Carmensa Divantoque, Elio Santamaria, Francisco Gartner, el coronel Apolo Fuente, y tres policías más, vieron con horror el cadáver de Gerardo quien se había clavado su machete varias veces en el pecho, con una expresión de pánico en su cara, aunque no había emitido ni un solo grito, el rostro de horror de los presentes no fue dilatado por el repicar de la campana de la iglesia que anunciaba las tres de la tarde, ni por el olor a sangre que se unía con el fuerte olor a café que la señora Córdova preparaba todos los martes por la tarde.